

LIBROS

Etología y concepción del mundo

Con la publicación del libro de Konrad Lorenz, *Sobre la agresión: el pretendido mal* (1), llega a España uno de los textos que ha desencadenado más polémicas en los últimos años y muy en particular en los países anglosajones.

¿Por qué y para qué luchan entre sí los animales, y por qué hacen otro tanto los hombres?, se pregunta Lorenz, quien pretende hallar una respuesta única a dicha cuestión.

Semejante reduccionismo no hace sino repetir la operación ideológica y marcada reaccionaria intentada por el **darwinismo social** que pretendía explicar la Historia con los datos de los descubrimientos de Darwin sobre la selección natural. Hoy, Lorenz y otros autores, como Robert Ardrey (*The territorial imperative*, Atheneum, 1966) y Anthony Storr (*La agresividad humana*, Alianza Editorial, 1970), pretenden demostrar, con las aportaciones de la etología (ciencia cuyo objeto de estudio es el comportamiento de los animales), cómo el ser humano es por instinto una criatura agresiva, y que es esta propensión innata a la violencia la que explica la agresión individual o de grupo en el hombre. Aprovechando las dificultades de

una ciencia (la etología), surge un nuevo opio: el **etologismo**. Se trata de una forma de biologismo y demuestra una vez más la vulnerabilidad de la ciencia biológica a su explotación por las concepciones del mundo dominantes.

Nacida históricamente en 1954 con E. Geoffroy Saint-Hilaire, la etología estuvo durante mucho tiempo limitada a los trabajos de observación realizados por naturalistas, principalmente entomólogos, sobre los instintos animales (considerados como fuerzas innatas y misteriosas). Esto trajo consigo que la etología se viese alejada del desarrollo de la teoría de la evolución y de los trabajos experimentales en psicología animal que culminaron en los descubrimientos fundamentales de I. Pavlov sobre los reflejos condicionados (1902) y en el behaviorismo de J. B. Watson (1913).

Durante más de treinta años, los behavioristas o conductistas realizaron experiencias sobre el aprendizaje de la rata blanca en el laberinto (existen más de 6.000 notas publicadas a este respecto). Esto llevó a la etología a una especie de callejón sin salida. A Lorenz le corresponde el mérito de haber provocado entonces un saludable retorno a la Naturaleza, estudiando allí los múltiples estímulos que recibe todo animal fuera del medio artificial del laboratorio. Nació así la llamada escuela «objetivista» de K. Lorenz y N. Tinbergen.

Una de las cuestiones que más preocupaba y sigue preocupando a psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos, es la problemática de la **agresividad**. Freud y el psicoanálisis fueron los primeros en interesarse por dicho problema. La hipótesis de Freud de una tendencia hacia la muerte, *thanatos*, formando parte de la Naturaleza humana es bien conocida. La etología comparada aporta aquí su respuesta a dicho problema. En su libro, Lorenz nos narra, en un estilo coloquial poco frecuente en el científico, los combates territoriales de los peces que viven en los arrecifes de coral de la Florida (EE.UU.), al comportamiento agresivo de aves como el esparván o el ganso, de mamíferos como las ratas, etcétera.

Contrariamente a lo que se

acostumbra a pensar, los animales no son **naturalmente** agresivos, y menos entre especies distintas; la expresión darwiniana «lucha por la existencia» se refiere principalmente a la competencia entre parientes cercanos, ya que lo que amenaza directamente a la existencia de una especie animal no es el enemigo del que se alimenta, sino el competidor. En realidad, entre el animal y su presa suele existir un equilibrio **interespecífico** que mantiene constante la población de una determinada área (su **territorio**). Al mismo tiempo, la función más importante de la agresión **intraespecífica** es la distribución regular de los animales de la misma especie en un territorio, así como su selección sexual. En el mismo orden de ideas, son sumamente interesantes las consideraciones que hace Lorenz al referirse a la función principal del bello colorido que presentan los peces de coral: «Descadenar en sus congéneres —y solamente en ellos— un furioso empeño en la defensa del territorio». Análogamente —añade Lorenz—, el canto del ruiseñor sirve para advertir a sus vecinos que tal territorio ha hallado un dueño dispuesto a luchar por él.

Entrando en el terreno de las críticas a Lorenz, en el mismo campo de la etología, señalaré dos puntos oscuros de su modelo del instinto de agresión en los animales. En primer lugar, la territorialidad está lejos de actuar como ley universal; existen innumerables ejemplos de animales en los que el territorio no parece jugar papel alguno. Por otro lado, está el gran problema de inicidad de los instintos. Sin entrar aquí en la discusión, desarrollada ampliamente por Jean Piaget, diré únicamente que el papel del aprendizaje y de la experiencia, que influyen en el desarrollo y expresión de la agresividad, son ignorados por Lorenz, lo que supone una negación del constructivismo.

Al llegar al duodécimo capítulo de su libro, Lorenz abandona la ciencia para dar cauce libre a su concepción del mundo. Nos lo confiesa abiertamente con fórmula humanista: «Los once capítulos que anteceden pueden considerarse ciencia natural... Pero ahora vamos a dejar la

descripción del comportamiento agresivo de los animales, tal y como nos lo revelan la observación y los experimentos, y vamos a preguntarnos si de todo esto no podría sacarse algo aplicable al hombre y a la evitación de los peligros que sus propias pulsiones agresivas le crean». Un etólogo deja su campo científico para adentrarse en el terreno de la ciencia de la historia. Veamos los resultados.

Para Lorenz, nuestro comportamiento está regido por las mismas leyes que rigen en el comportamiento de los animales. «El libre albedrío es una ilusión... porque está determinado filogenéticamente» (¡el pecado original en versión etológica!). Si el mal está en nuestros genes, en la «naturaleza humana», es coherente afirmar: «No puede decirse que los fenómenos históricos, que siempre se repiten, sean explicables por la razón y el entendimiento humanos» y que «la ilógica e insensata naturaleza humana hace que dos naciones compitan y luchen aun cuando ninguna razón económica les obligue a ello», ya que «el comportamiento social del hombre ha de someterse a todas las leyes que rigen el comportamiento instintivo de origen filogenético; y esas leyes las conocemos muy bien por el estudio del comportamiento animal». «La sociedad humana está constituida de modo muy semejante a la de las ratas», concluye Lorenz.

Todo se ha ido conjugando ineluctablemente en nuestra sociedad ratonil, que ha convertido al hombre en un animal competitivo, agresivo y territorial: la invención de las armas, la selección intraespecífica (los indios uo, en los Estados Unidos, padecen frecuentemente neurosis... por su agresividad, sin descargar fruto de una selección intraespecífica), el vertiginoso ritmo de desarrollo, la «explosión demográfica»... y las cosas van mal, nos dice Lorenz, se habla de crisis: «En la actualidad son varios factores que coinciden para amenazar la continuidad de nuestra cultura occidental».

Para conjurar el mal, Lorenz propone las siguientes soluciones: encontrar objetos sustitutos de la agresividad (el deporte como lucha ritualizada, los vuelos especiales

como noble competitividad entre las grandes potencias, el humor). En segundo lugar, ante la crisis de valores a la que asistimos (escuela, familia), hay que proponer a las jóvenes generaciones los nobles valores de la ciencia y del arte (aunque, eso sí: «El arte debe seguir siendo apolítico»). En otros libros, Lorenz y algunos de sus colaboradores, como Paul Leyhausen, han hablado también de los problemas urbanos creados por la «explosión demográfica» y postulan un neomalthusianismo, así como la necesidad de luchar contra la socialización humana para reducir las tensiones que agravan la crisis actual: «Lo ideal es la casita y el pequeño jardín» (Lorenz).

Y en todo esto, el científico se ha perdido en ruta. Quedó atrás con las ratas blancas de laboratorio y sus observaciones de los peces de coral. Pretendiéndolo o no, Lorenz y otros etólogos, amén del correspondiente coro de charlatanes de televisión y «divulgadores científicos», están intentando justificar «científicamente» las concepciones filosóficas y políticas más agresivas, individualistas y negativas del hombre. Cuando Lorenz, al tratar de la «analogía» entre la sociedad animal y la humana, nos dice: «Si en una determinada región de un país, cierto número de médicos, comerciantes o mecánicos de bicicletas desean ganarse la vida, harán bien en establecerse cada uno lo más lejos que le sea posible de sus colegas», es su concepción del mundo burgués, presentado como «natural», la que pretende justificar. Al postular un neomalthusianismo, es McNamara quien habla y los intereses del imperialismo los que defiende. Al proponer como soluciones a la crisis ideológica y política actual —que no es sino la bancarrota del capitalismo— los mitos de la ciencia, del arte por el arte, el deporte o la competencia espacial, se están difundiendo unos nuevos opios para ocultarnos cuáles son nuestros problemas concretos y nuestros intereses estratégicos: millones de hombres y mujeres en todo el mundo, con el pueblo vietnamita a la cabeza, están luchando para recordarnoslos.

■ JOAN SENENT-JOSA

(1) Siglo XXI de España Editores, 1 vol., 342 págs. La edición original (*Das sogenannte Böse*) se publicó en Viena en 1963. La edición inglesa apareció en 1966 y la italiana y la francesa en 1969. Siglo XXI ha publicado, además, los siguientes libros de etología: K. Lorenz: *Evolución y modificación de la conducta*, K. Lorenz y P. Leyhausen: *Biología del comportamiento. Historia natural de la agresión* (simposium de Londres de 1963), N. Tinbergen: *El estudio del instinto*, F. A. Beach: *Sexo y conducta*, A. Brion y H. Ey: *Psiquiatría animal y D. Morris: La biología del arte*. De este último autor, Plaza & Janés ha publicado: *El zoo humano, El mono desnudo y Comportamiento íntimo*. Una buena selección de críticas a Lorenz y Ardrey está contenida en el libro: *Hombre y agresión* (Editorial Kairós, Barcelona, 1970).